

## SOBRE LA FECHA DE LA FUNDACION DE CARTAGO Y SUS PRIMERAS PROYECCIONES POR EL OCCIDENTE

*Gregorio de Frutos Reyes*

Muchos son los problemas que nuestra Antigüedad Prerromana tiene pendientes por resolver. Entre éstos se encuentran los concernientes a delimitar espacial y temporalmente hablando el proceso colonial semita, fenómeno éste de gran importancia en lo que a nuestra Historia Antigua se refiere. No cabe la menor duda que en los últimos veinticinco años se ha avanzado mucho en la investigación respecto a este tema, tanto a través de los numerosos y sucesivos descubrimientos arqueológicos, como en el estudio y nuevos enfoques que a través de aquéllos se han planteado de las informaciones epigráficas y literarias contenidas en las obras de los escritores greco-latinos<sup>1</sup>.

A pesar de ello, se siguen planteando numerosos problemas en cuanto a coordinar y concertar la información proporcionada por la

---

1. La bibliografía es abundante. Cfr., p. ej., G. Bunnens: *L'expansion phénicienne en Méditerranée. Essai d'interprétation fondé sur une analyse des traditions littéraires*, Bruxelles-Rome, 1979; E.C. González Wagner: *Fenicios y Cartagineses en la Península Ibérica. Ensayo de interpretación fundamentado en un análisis de los factores internos*, Madrid, 1983; G. del Olmo/M.E. Aubet (dirs.): *Los Fenicios en la Península Ibérica*, 2 vols., Barcelona, 1986.

Arqueología y los textos clásicos, tanto en lo referente a fundaciones como a desarrollo posterior de las diferentes colonias y enclaves que tanto por las costas hispanas como norteafricanas llevaron a cabo los diferentes pueblos semitas procedentes de la costa sirio-palestina.

La disyuntiva no sólo se ciñe en cotejar los contenidos proporcionados por las informaciones literarias y arqueológicas antes mencionados, sino, como veremos a continuación, entre las noticias de las propias fuentes escritas entre sí, a veces un tanto confusas y contradictorias.

Tales problemas mencionados se plantean en diversos casos, aunque de los que se han ocupado mayormente los estudiosos del tema han sido fundamentalmente a los relativos a las fundaciones de Utica, Lixus, Gadir y Cartago, quizás debido a que de ellas se conservan mayor número de noticias y diferentes versiones y tradiciones<sup>2</sup>. De entre todas estas fundaciones, es de Cartago de la que se posee sin duda más abundantes y detalladas noticias sobre sus orígenes. Tal es así, que se nos han conservado dos tradiciones, fundamentalmente, a través de diversos escritores clásicos<sup>3</sup>. Las razones de esta circunstancia son obvias: en primer lugar, nada nos ha llegado de forma directa de las historias púnicas (comprendiendo con tal término las realizaciones de toda índole llevadas a cabo por los fenicios en Occidente)<sup>4</sup>. En segundo lugar, es sabido de todos que la historia de la civilización en Occidente va íntimamente ligada a la de griegos y romanos —relaciones nada cordiales ni amistosas por cierto—. Pero dentro de este mundo púnico quien ejercía el mando en las relaciones exteriores era Cartago, sin lugar a dudas, como veremos más adelante. Hechas estas observaciones, pasemos a la descripción de los textos referentes a la capital del mundo púnico, que hacen de ésta la ciudad más antigua de Occidente, si se toman al pie de la letra sus contenidos. Esta tradición es iniciada por una noticia procedente de Filistos de Siracusa, historiador griego de la primera mitad del siglo IV a.C.:

2. Para más casos, G. de Frutos Reyes: *Las relaciones entre el Norte de Africa y el Sur de Hispania desde la colonización fenicia a la decadencia de Cartago*, Sevilla, 1987, pp. 156 ss.

3. Algunos autores, como G. Bunnens (*L'expansion...*, 1979, pp. 368 ss.) incluyen una tercera, según la cual Cartago fue fundada por una mujer llamada Cartago, Cartera o Karchos.

4. Cfr., p. ej., M. Szyner: "Cartago y la civilización púnica", en *Roma y la conquista del mundo mediterráneo. 264-27 a.C.*, Barcelona, 1984, pp. 423 s.; S. Moscati: *Cartagineses*, Madrid, 1983, pp. 21 s.; sobre el concepto del término púnico: M.H. Fantar: "Tunisie", *L'espansione fenicia nel Mediterraneo*, Roma, 1971, pp. 118 ss.; G. Garbini: *I Fenici. Storia e Religione*, Napoli, 1980, pp. 136 s.

“Filistos afirma que Cartago fue fundada por Azoros y Karkhedon, tirios ambos, por esta época”<sup>5</sup>.

Este texto, citado por Eusebio, sitúa la fundación de Cartago en el año 802 de Abraham, es decir, en 1215 a.C.<sup>6</sup>.

En esta misma línea se encuentran Eudoxo de Cnido y Apiano<sup>7</sup>. El relato transmitido por estos historiadores griegos es, a todas luces, legendario y carente de cualquier contenido histórico, por lo que es descalificado por los exégetas de los textos clásicos y por los historiadores<sup>8</sup>. En efecto, los nombres utilizados para la denominación de los dos *oikistai* son una deformación griega de los nombres fenicios de las ciudades de Tiro (‘ZR) y Cartago (QRTHDEST)<sup>9</sup>. Lo único a retener de estos pasajes es, en consecuencia, que Cartago fue una fundación tiria, y que por el encuadre histórico en el que se inserta (cincuenta años antes de la caída de Troya), es la fundación tiria más antigua llevada a cabo en Occidente.

La segunda tradición, atribuida a Timeo<sup>10</sup>, por el contrario, ha sido acogida favorablemente, tanto por los escritores clásicos posteriores a él como por la investigación moderna, salvo casos excepcionales. Los fragmentos atribuidos a Timeo (300-250 a.C.) relatan, en primer término, las circunstancias que condujeron a Elisa, hermana del rey tirio Pigmalion, a abandonar la ciudad, y que dieron como resultado la fundación de Cartago. Se acepta generalmente por los estudiosos que este historiador griego hubiera consultado fuentes fenicias (probablemente cartaginesas), y, quizás por esto, su relato gozó de gran favor entre los escritores de la Antigüedad. El segundo fragmento, nos proporciona una fecha concreta: la primera Olimpiada tuvo lugar, según se viene aceptando, en 776 a.C., “treinta y ocho años antes” da una cronología de 814/13 a.C.

5. Phi., *Fr. Gr. Hist.*, II, B, n. 556, F 47 = Eus., *Chron. a. Abr.* 802. Ed. Jacoby.

6. S. Gsell: *Histoire Ancienne de l'Afrique du Nord*, vol. I, Paris, 1928 (r. 1972), pp. 374 s.; G. Bunnens: *L'expansion...*, 1979, p. 127.

7. Eudox, *Fr.* 360. Ed. Schwartz, Berlin, 1891; App., *Pun.* 1.

8. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, p. 375; S. Moscati: *L'epopée des phéniciens*, Paris, 1972, pp. 162 s.; B.H. Warmington: *Cartago*, Barcelona, 1969, pp. 22 ss.; J. Heurgon: *Roma y el Mediterráneo Occidental hasta las guerras púnicas*, Barcelona, 1971, pp. 68 y 77.

9. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, p. 375; M.J. Fuentes Estañol: *Vocabulario Fenicio*, Barcelona, 1980, pp. 196 y 218.

10. Timae., *Fr. Gr. Hist.*, III, B, n. 566, F. 82 y F 60, respectivamente; este último, apud Dion. Hal., *Ant. Rom.* I, 74, 1.

Un relato mucho más extenso y detallado sobre los orígenes de esta ciudad es el que nos ha llegado gracias al testimonio de Justino, que se supone vivió en el siglo III d.C.<sup>11</sup>. Aunque en líneas generales es semajante a la información de Timeo, existen ciertos detalles que apuntan la posibilidad de que se haya completado con aportaciones de otros autores intermedios entre ambos<sup>12</sup>. Sea como fuere, estos autores, al igual que Timeo, y tal como ha puesto de relieve S. Gsell, conocían bastante el mundo púnico, pues existen en el relato de Justino ciertos aspectos característicos de la civilización semita<sup>13</sup>. Pero, a pesar de ello, el carácter legendario en el que se hallan envueltas estas realidades está también fuera de dudas<sup>14</sup>. Tampoco se podría desechar la posibilidad de que exista en estas narraciones una adaptación griega de noticias fenicias para fijarlas al concepto que la mentalidad de los escritores helenos tenían del proceso de colonización, aspecto que analizaremos más adelante.

Como hemos dicho, el relato de Timeo/Justino gozó de gran aceptación en otros escritores antiguos; así, salvo algunas variantes y matices, se observa en diversos pasajes de Virgilio (I, 340-368, 441-445; IV, 211-214), de Servio (*In Aeneid.* I, 340, 343, 367, 443; IV, 36 y 355) o de Apiano (*Pun.*, 1), principalmente. De entre éstos, nos parece de cierto interés la noticia de este último, pues se observa en ella las dos tradiciones que estamos analizando, hecho éste que ha llevado a algunos autores a considerar la posibilidad de que tal situación pudiera haberse plasmado también en Filistos, siendo uno histórico y otro legendario<sup>15</sup>.

En Flavio Josefo, historiador judío de fines del siglo I d.C., tenemos otro testimonio sobre la fundación de Cartago que, al parecer, tomó de Menandro de Efeso, que vivió en el siglo II a.C., y que, según se desprende de Josefo, tuvo acceso a los archivos públicos de Tiro<sup>16</sup>. La información de este escritor es muy importante pues, además de citar una numerosa lista de reyes de Tiro desde Hiram a Pigmalión con la duración del reinado de cada uno de ellos, nos da una

11. Just., XVIII, 4-6.

12. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, pp. 384 ss.; G. Bunnens: *L'expansion...*, 1979, p. 183.

13. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, p. 384.

14. Cfr. n. 12.

15. P. Cintas: *Manuel d'archéologie Punique*, vol. I, Paris, 1970, p. 109, n. 415; otros autores lo creen poco probable: G. Bunnens: *L'expansion...*, 1979, p. 136.

16. "Había —por tanto— entre los tirios documentos de muchísimos años escritos por cuenta del Estado y celosamente guardados que trataban de sucesos que acontecieron entre ellos y en relación con otros dignos de recuerdo" (J., *Ap.* I, 17 [107].).

cronología para el hecho de la fundación de la “Ciudad Nueva” bastante cercana a la proporcionada por Timeo, aunque es difícil de precisar con certeza, variando ésta según el cómputo realizado<sup>17</sup>. Así, Movers, tras una serie de cálculos y poniéndola en relación con otros datos suministrados por diferentes autores, concluye que Cartago fue fundada en 826 a.C.<sup>18</sup>. S. Gsell opone serias objeciones a la hipótesis de Movers y, con su característica prudencia, se limita a decir que “en el estado actual de nuestros conocimientos, no podemos afirmar que esta fecha corresponda exactamente a 814/3, pero nada impide admitir la concordancia”<sup>19</sup>. En esta línea de la concordancia se manifiestan Harden y Moscati, aunque este último expone sus reservas al advertir que la reconstrucción cronológica no es digna de fiar<sup>20</sup>. P. Cintas cree que la noticia de Menandro/F. Josefo forma parte de la tradición tiria y se encuentra apoyada en los archivos de Salmanasar, proponiendo la fecha del 820/19 a.C. para la huida de Elisa<sup>21</sup>. Por último, G. Bunnens, tras un detallado análisis, opina que Josefo ha introducido la noticia de Timeo entre los datos suministrados por los anales tirios que recoge de Menandro<sup>22</sup>. A este respecto, ¿no podría haberse llegado a una coincidencia entre ambos relatos por la posibilidad de que los dos hayan bebido de fuentes fenicias; el primero de los cartagineses<sup>23</sup> y el segundo de los archivos oficiales de Tiro?; porque es lógico que una ciudad nueva (Cartago) guarde en sus anales las circunstancias de sus orígenes y fundación.

Sea como fuere, el hecho es que ambos relatos hablan del carácter tirio de los orígenes de Cartago, con aspectos sociopolíticos que se ajustan a las realidades históricas del mundo semita, además de que vienen a atestiguar que esta colonia fue fundada a finales del siglo IX a.C.

Si ponemos en relación otras noticias con las expuestas hasta ahora, quizás podemos aportar un punto de luz en la cuestión que estamos analizando, pues todas rondan las fechas suministradas por Timeo y Josefo:

17. J., *Ap.* I, 18 [121-126].

18. F.C. Movers: *Die Phönizier*, Berlin, 1849, T. II/1, pp. 138 s., y T.II/2, pp. 153 ss.

19. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, p. 399, n. 2.

20. D. Harden: *Los Fenicios*, Barcelona, 1965, p. 59; S. Moscati: *Cartagineses*, Madrid, 1983, p. 41.

21. P. Cintas: *Manuel...*, 1970, pp. 200 ss.

22. G. Bunnens: *L'expansion...*, 1979, pp. 220 ss.

23. Como sugiere F. Decret: *Carthage ou l'empire de la mer*, Paris, 1977, p. 47; cfr. además, F. Decret/M. Fantar: *L'Afrique du Nord dans l'Antiquité*, Paris, 1981, pp. 28 ss.

“Este [Itobalos] fundó la ciudad de Botrís, que está en Fenicia, y Auza, que está en Libia”<sup>24</sup>.

A pesar de la brevedad de la noticia, se nos muestra en ella una fundación en el N. de Africa de carácter oficial, puesto que fue llevado a cabo por iniciativa del rey y, lo que es más importante, de la primera mitad del siglo IX a.C.<sup>25</sup>, es decir, anterior a Cartago. El hecho de que sea esta la única referencia que se nos ha conservado, no debe implicar dudas sobre su posible veracidad, puesto que los escasos elementos contenidos en ella son reales y auténticos<sup>26</sup>. Por lo demás, es en estos momentos, por las circunstancias políticas que reinan en el P. Oriente, cuando se pone en marcha el gran movimiento colonizador semita<sup>27</sup>. Al ser éste, como decimos, el único testimonio, debemos pensar que otro enclave fenicio creado con posterioridad en sus cercanías debió absorberlo o, si acaso, ensombrecerlo, hasta hacerlo pasar desapercibido<sup>28</sup>. Como consecuencia de todo esto, su posible localización es objeto hoy de discusión entre los estudiosos: Movers y Leglay la identifican como Auzea, la actual Aumale (Argelia)<sup>29</sup>. S. Gsell no acepta esta identificación, alegando que esta ciudad se halla muy al interior y de difícil acceso a la costa<sup>30</sup>. Actualmente, sin embargo, se está considerando la posibilidad de una penetración fenicia al interior de los lugares colonizados, con fines de explotación agrícola, por lo que dicha identificación no parece imposible<sup>31</sup>.

El otro texto que queremos sacar a colación es la llamada “Lista de las Talasocracias”, atribuida a Diodoro de Sicilia y recogida por Eusebio de Cesarea, del siglo VI d.C.:

24. Men. Eph., *Fr. Gr. Hist.*, III, C, 2, n. 783 F3 (ed. JACOBY) = F., *A.J.*, VIII, 13, 2 [324].

25. En efecto, según D. Harden (*Los Fenicios*, cit., p. 59) el período del reinado de este monarca fue entre 891 y 859 a.C., según P. Cintas (*Manuel...*, I, 1970, p. 200) entre 873 y 842 a.C.

26. En este sentido, P. Cintas (*Manuel*, I, 1970, p. 113) piensa que por el hecho de que Menandro haya tenido acceso a los anales tirios éste nos ha podido informar de esta fundación ignorada por otros historiadores clásicos.

27. G. Chic García/G. de Frutos Reyes: “La Península Ibérica en el marco de las colonizaciones mediterráneas”, *Habis*, 15, 1984, pp. 204 ss.

28. Se podría plantear la posibilidad de que más que una nueva creación semita fuera una especie de “barrio” o “zoco” dentro de una ciudad libia, ya que, según S. Gsell (*Histoire Ancienne...*, I, p. 362, n. 2) “los nombres de lugares que comienzan por ‘Auz’, ‘Aus’ no son raros en Africa”.

29. F.C. Movers: *Die Phönizier*, T. II/2, Berlin, 1850, p. 520, n. 210 a; M. Leglay: “Auzia”, *Der Kleine Pauly*, T. I, col. 784, München, 1964.

30. S. Gsell: *Histoire Ancienne...*, I, p. 362.

31. Para una exposición general, cfr. E.C. González Wagner: *Fenicios y Cartagineses...*, 1983, pp. 38 ss.

“Según los escritos de Diodoro, brevemente acerca de los tiempos de los talasócratas, que dominaban los mares. Tras la guerra troyana, dominaron el mar: I. Lidios y Meones 92 años; II. Pelasgos 85 años; III. Tracios 79 años; IV. Rodios 23 años; V. Frigios 25 años; VI. Chipriotas 33 años; VII. Fenicios 45 años; VIII. Egipcios —; IX. Melesios 18 años; X. Carios 61 años; XI. Lesbios 68 años; XII. Foceos 44 años; XIII. Samios —; XIV. Lacedemonios 2 años; XV. Naxios 10 años; XVI. Eretrios 15 años; XVII. Eginenses 10 años; hasta el paso a Alejandro [o Jerjes]”<sup>32</sup>.

Si aceptamos la versión de Oldfather tenemos que, considerando la tradicional fecha de 1184 a.C. para la toma de Troya que por otra parte acepta Diodoro (I, 5), la talasocracia fenicia se dio entre 847 y 802 a.C., fecha por lo demás bastante aceptable si tenemos en cuenta las proporcionadas por Timeo y los anales tirios para las fundaciones de Auza y Cartago<sup>33</sup>.

De todo lo analizado hasta el momento, y si se compara con los aspectos concretos y circunstancias contenidos en los testimonios escritos de las diversas fundaciones fenicias, tenemos que considerar en este sentido que únicamente en la de Cartago puede deducirse su carácter de colonia, desde la perspectiva del concepto griego de tal hecho: la existencia de *oikistai* (tanto en la tradición considerada legendaria como la aceptada por todos, la de Timeo); el carácter de repoblación que se contiene en el hecho de adquirir un determinado número de mujeres en Chipre; la aceptación de un sacerdocio de la divinidad principal tiria y su carácter hereditario, así como la adopción del sistema aristocrático en el mismo sentido, etc., son detalles que se circunscriben de manera exclusiva en la fundación de Cartago y, en este sentido, se concreta también en un reconocimiento, desde poco después de su existencia, por parte de los demás enclaves fenicios de

32. D.S. VII, fr. 11. (ed. Oldfather).

33. Existen diversas versiones sobre la “Lista de las Talasocracias”, variando, por ello, los años de duración de los distintos pueblos en su dominio marítimo y, en consecuencia, también la posible cronología de éste; así, p. ej., M. Tarradell calcula para el dominio fenicio las fechas de 836 y 791 (*Marruecos Púnico*, Tetuán, 1960, p. 28), mientras que G. Bunnens obtiene las 857/6 y 812/1 (*L'expansion...*, 1979, pp. 160 s.). Sin embargo, este autor considera esta noticia de poca fiabilidad en su contenido, mientras que A. Blanco no la cuestiona (A. Blanco Freijeiro/C. González/H. Schubart: “Los Fenicios”, *Cuad. Hist.* 16, 1, Madrid, 1985, p. 4). En este sentido se manifiesta también M. Almagro Basch: “Un tipo de exvoto de bronce ibérico de origen orientalizable”, *Trab. de Preh.*, 37, 1980, p. 289.

una cierta supremacía de esta ciudad sobre las demás, por lo que, a nuestro entender, excluye la posibilidad de que Cartago tuviera en sus orígenes un aspecto de factoría antes que de colonia<sup>34</sup>.

Si, como estamos viendo, las perspectivas derivadas de las fuentes escritas son problemáticas, mucho más ardua es aún la situación vista desde la perspectiva de las aportaciones de la Arqueología. En efecto, grande es la polémica entre los investigadores del mundo antiguo en reconocer o no la adecuación de la famosa fecha del 814 a.C. aportada por los textos con los hallazgos más antiguos proporcionados por la investigación arqueológica; pues a pesar de ser muchos los descubrimientos y las excavaciones llevadas a cabo, la mayoría de éstas no han sido realizadas con el celo científico necesario para sacar conclusiones serias, debido a la antigüedad de éstas. Además, existen grandes dificultades urbanísticas para la realización de las campañas deseadas. No obstante, últimamente este problema se halla en vías de solución y las excavaciones en Túnez patrocinadas por la UNESCO son un hecho en la actualidad.

Con los datos de que se disponía hasta hace muy poco tiempo, relativos todos a necrópolis, existía una gran polémica en reconocer la existencia de materiales asignables al siglo VIII a.C.<sup>35</sup>, incluso habiendo entre ellos algunos elementos importados que databan perfectamente de hacia mediados de esta centuria<sup>36</sup>. En la actualidad dicha polémica parece quedar zanjada a tenor de las recientes investigaciones; las actuales remociones de terrenos urbanos están haciendo posible llevar a cabo nuevos sondeos estratigráficos, dando los resultados tanto tiempo esperados: los hallazgos de estructuras de la ciudad arcaica de Cartago, con materiales que pueden elevarse a la primera mitad del siglo VIII a.C.<sup>37</sup>. Ello es, por tanto, concluyente para acep-

34. Sobre los aspectos de las colonias entre los griegos, cfr. entre otros: C. Mosse: *La colonisation dans l'Antiquité* Paris, 1970, pp. 27 ss.; Id.: *La Grèce archaïque d'Homère à Eschyle*, Paris, 1984, pp. 79 ss.

35. Entre los que se negaban a ello, entre otros: P. Demargne: "La céramique punique", *Rev. Arch.*, XXXVIII, 1951, pp. 44 ss.; R. Carpenter: "Phoenicians in the West", *A.J.A.*, 62, 1958, pp. 38 ss.; W. Culican: "Almuñecar, Assur and phoenician penetration of the Western Mediterranean", *Levant*, II, 1970, pp. 28 ss. Por otra parte, los partidarios de reconocer la existencia de materiales anteriores al s. VII a.C., entre otros, P. Cintas: *Manuel...*, I, 1970, pp. 382 ss.; D.B. Harden: "The pottery from the Precinct of Tanit of Salammbó, Carthage", *Iraq*, IV, 1937, pp. 59 ss.; A.M. Bisi: *La cerámica punica. Aspetti e Problemi*, Napoli, 1970, pp. 67 ss.; F. Decret: *Carthage ou...*, 1977, p. 53.

36. H. Benichou-Safar: *Les tombes puniques de Carthage. Topographie, structures, inscriptions et rites funéraires*, C.N.R.S., Paris, 1982, pp. 321 ss.

37. M. Vegas: "Archaische Keramik aus Karthago", *Mitteilungen des Deutschen Archaeologischen Instituts Roemische Abteilung*, 91, 1984, pp. 215 ss.



tar perfectamente la tan traída y llevada fecha del 814 a.C., corroborando por otro lado el riesgo que supone datar los materiales púnicos según los objetos importados, sobre todo a partir de la cerámica griega<sup>38</sup>.

Otra cuestión que guarda relación directa con todo lo expuesto hasta el momento es la relativa a saber cómo y cuándo comienza Cartago a desempeñar el papel de "Ciudad Nueva" (o capital) del mundo colonial fenicio occidental. Y nuevamente nos volvemos a encontrar con la discordancia entre las informaciones literarias y los datos que nos suministran las investigaciones arqueológicas. A pesar de ello, creemos que existen elementos suficientes para creer que la "mano" de Cartago se dejó sentir muy pronto en el Mediterráneo, quizá forzada por los diversos acontecimientos políticos que en éste se desarrollaba desde, prácticamente, los inicios del siglo VIII a.C. Es en esta centuria y en la que sigue donde podemos situar la "Edad de Oro" de la dinámica expansionista de los semitas en el Mediterráneo. Y ello viene explicado por una serie de causas que podemos dividir en próximas y lejanas. Dentro de estas últimas, entra en consideración la situación de las metrópolis en el concierto político del P. Oriente: desde la centuria anterior, incluso antes, ciertos Estados habían iniciado una fuerte política expansionista a costa de los demás pueblos limítrofes. Entre éstos el que más resaltó sin duda fue Asiria que a partir de Ashshurdan II (935-912) inició una gran expansión en detrimento, sobre todo, de los que habitaban la franja sirio-palestina. Ello no supuso, sin embargo, anexión en el estricto sentido del término, sino más bien un poderoso influjo, consistente en exigir periódicamente ciertos tributos a estos pueblos. Por ello, se ha supuesto que los móviles de estas expediciones asirias eran eminentemente económicos<sup>39</sup>, destinadas a conseguir ciertos productos de lujo, siendo los metales la mercancía más apreciada entre éstos. Esta situación se agravó desde la segunda mitad del siglo IX a.C., siendo ya sofocante durante el reinado de Tiglatpileser III (743-732), en el que la parte septentrional de Siria y Palestina quedó convertida en provincia asiria<sup>40</sup>. El reflejo de esta situación en el interior de las ciudades fenicias se tradujo en constantes luchas intestinas, provocando grandes desestabilizaciones en la cúpula

38. El trabajo citado en la n. anterior fecha los materiales púnicos por sí mismos y no en función de los hallazgos griegos exclusivamente.

39. A. Leo Oppenheim: *La Mésopotamie*, Paris, 1970, p. 107.

40. E. Cassin/J. Bottero/J. Vercoutter: *Los Imperios del Antiguo Oriente*, vol. III, Madrid, 1971, pp. 4 ss.

del poder<sup>41</sup>, con los continuos sobresaltos entre la población. Si a todo esto unimos la fuerte densidad demográfica en tan estrecho territorio, comprenderemos que sea esta centuria la más pródiga en fundaciones coloniales y emporios en el Mediterráneo Occidental<sup>42</sup>.

Dentro de las causas próximas, aunque íntimamente relacionadas con las anteriores, tenemos la presencia griega por estas áreas desde, aproximadamente, el 775 a.C., tras unos breves y esporádicos tanteos comerciales<sup>43</sup>. Esta proyección helena arreciará aún más durante la centuria siguiente y parte del siglo VI a.C., con claras intenciones de dominar y controlar, en la mayor medida, los recursos agropecuarios y mineros del Extremo Occidente. Ello llevará consigo una rápida reacción semita en cuanto a una organización de los asentamientos ya creados y en el fomento de nuevas y numerosas fundaciones con los aportes de los emigrantes procedentes del P. Oriente. En estas vertientes, tenemos un testimonio procedente de Tucídides de inestimable valor, que nos informa de tan novedosas reformas en cuanto a la política de creación y “re población” de los fenicios en Occidente.

“También los fenicios habían fundado colonias entorno a toda Sicilia, fortificando los promontorios que dominan el mar y ocupando las pequeñas islas próximas a la costa, con el fin de comerciar con los sículos; pero cuando los griegos llegaron en gran número por vía marítima, abandonaron la mayoría de sus dominios y, agrupándose cerca de los elimos, continuaron ocupando Motia, Solunte y Panormo, confiados en su alianza con éstos y en razón de que es desde allí desde donde Cartago está a menor distancia”<sup>44</sup>.

41. G. Chic García/G. de Frutos Reyes: “La Península Ibérica...”, 1984, p. 204.

42. Esta situación comenzada desde el s. X a.C. hacía a tiro crear —ante las crecientes dificultades por controlar esos viajes tan largos al Occidente, por un lado, y al existir una mayor demanda de productos como consecuencia de los pesados tributos asirios y de la superpoblación, por otro— los primeros establecimientos permanentes de cierta importancia, caso de Cartago, fundación oficial destinada a velar por la seguridad y regularidad de los viajes e intercambios.

43. A comienzos de esta centuria los griegos realizaban viajes en busca del estaño por encargo del rey frigio Midas. Desde 780 a.C. Corinto vuelve sus ojos hacia Occidente con el mismo propósito, al igual que los eubicos, que comercian con los indígenas de Cumas, Osta y Veyes. Poco después, hacia 760 a.C., se comienza la colonización en todas sus reglas: Pithecoussai (760), Siracusa (734), Leontinoi y Catana (728), Zancle (725), Mylae y Rhegion (720). Cfr. Chic García/G. de Frutos Reyes: “La Península...”, 1984, pp. 206 ss.

44. Th., VI, 2, 6.

Este texto, —junto con otros—<sup>45</sup>, ponen en evidencia una temprana presencia semita en el Mediterráneo, anterior a la de los griegos, y que aquellos conocían desde la época de los “tanteos comerciales”, quizá en torno al siglo IX a.C. o tal vez algo antes. En fechas posteriores, imposibles aún de definir, fundan una serie de pequeños enclaves de población reducida y con el objetivo principal de dedicarse al comercio con los indígenas<sup>46</sup>. Pero una vez llegados los griegos, “en gran número” como afirma Tucídides, tienen que replegarse en lugares —Motia, Solunte, Panormo— que curiosamente están más cercanos a Cartago, lo que posiblemente debe interpretarse como iniciativa cartaginesa de crear fuertes e importantes núcleos urbanos tal y como los griegos estaban haciendo. Por otra parte, vemos en ello un reconocimiento claro de que Cartago es la ciudad fuerte de los semitas de Occidente, puesto que las ciudades sicilianas buscan de alguna manera la protección en ella. Estas estarían orientadas, con su posición estratégica, a controlar el estrecho sículo-tunecino, paso obligado hacia las riquezas del Mogreb y del Sur de Hispania.

Según lo expuesto hasta ahora, parece claro que las fuentes escritas hablan de alguna manera de que Cartago era la ciudad más potente económica y políticamente hablando ya en pleno siglo VIII a.C. Ello contrasta, según opinión generalizada de los arqueólogos, con los hallazgos, de los que se desprende, por el contrario, una cierta autonomía de las distintas fundaciones con respecto a aquélla. ¿Son por ello incompatibles ambas informaciones?<sup>47</sup> G. Bunnens piensa que, por el contrario, el comercio con el Mediterráneo Oriental era un fenómeno que beneficiaba altamente a los intereses económicos de Cartago, favoreciendo con ello dicho comercio en su actitud protectora hacia los enclaves semitas occidentales ante cualquier peligro o competidor<sup>48</sup>. Por otra parte, si bien es cierto que en determinados productos manufacturados (cerámicas, marfiles, huevos de avestruz, etc.) se sigue una línea oriental en su elaboración, no lo es

45. D.S., V, 35, 5.

46. Si bien es difícil precisar la fecha de los asentamientos permanentes en Sicilia, tenemos, según la línea de la expansión griega antes definida, un *terminus ante quem* en la fecha de la fundación de la colonia griega de Siracusa, es decir, h. 734 a.C. Los datos suministrados actualmente por la Arqueología hablan de una presencia fenicia de carácter permanente hacia fines del s. VIII a.C., sobre todo en Motia; cfr. V. Tusa: “La presenza fenicio-punica in Sicilia”, *Phönizier im Westen, M.B.*, 8, 1982, pp. 95 ss.

47. A.M. Bisi: *La ceramica...*, 1970, p. 165, n. 37; además, cfr. n. anterior y M.H. Fantar: “Phéniens et Carthaginois en Sardaigne”, *R.S.O.*, XLIV, 1969, p. 7; S. Moscati: *Cartagineses*, cit., p. 44.

48. G. Bunnens: *L'expansion...*, 1979, pp. 310 ss.

menos que en Cartago ocurre lo mismo<sup>49</sup>. En este sentido, las cerámicas del recinto sacrificial de Tanit en Cartago y las de los primeros estratos de Sicilia presentan abundantes analogías en formas y decoraciones, por lo que no parecía muy aventurado proponer la pronta influencia cartaginesa en la isla sostenida por las fuentes escritas. Las analogías son mayores aún en el campo de los marfiles —lógico es pensar que la materia prima provenga del N. de Africa— donde A.M. Bisi supone que existe una importante escuela de artesanía eboraria en Cartago desde mediados del siglo VIII a.C.<sup>50</sup>, que sigue modelos de elaboración y decoración típicamente sirio-fenicios, lo que no implica que las escasas manifestaciones de Sicilia, Cerdeña y Malta no tengan sus orígenes en Cartago.

En la Península Ibérica son pocos hasta el presente los sitios fenicios remontables a la época que estamos tratando. Resulta curioso señalar que todos están ubicados al Este del Estrecho, lo que es un indicio de que el impacto semita no debió ser considerable dentro de la primera mitad de esta centuria<sup>51</sup>. Es por otra parte sospechoso en lo concerniente al comercio atlántico del estaño, que hablaría no de que no existiera ya por estas fechas, sino que estuviera aún monopolizado por los tartesios<sup>52</sup>. Además, por estas fechas es ya la plata el producto más buscado por estos semitas, tal y como muestran los restos de escorias y hornos de fundición encontrados en diversos lugares de la región minera onubense principalmente<sup>53</sup>, y ha sido señalado por algunos autores clásicos<sup>54</sup>. En concreto, son sólo tres las factorías en el Sur de Hispania asignables a este período: Morro de Mezquitilla, Chorreras y Toscanos, las tres situadas en la actual provincia de Málaga. La primera data de la primera mitad del siglo VIII

49. P. Cintas: *Manuel...*, I, 1970, pp. 324 ss.; A.M. Bisi: "I pettini d'avorio di Cartagine", *Africa*, II, 1967-68, pp. 11 ss.; S. Lancel: "Ivoires phénico-puniques de la nécropole archaïque de Byrsa, à Carthage", *Atti del I Congr. Intern. di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Roma, 1983, pp. 687 ss.

50. Cfr. n. anterior. Además: J.J. Jully: "Rapprochements ave Motyé (nécropole) et Carthage (tophet): céramiques", *Simp. Intern. els Orígens del món Ibéric, Ampurias*, 38-40, 1976-78, pp. 381 ss.

51. Salvo escasas excepciones en Huelva, la presencia fenicia es susceptible de ser fechada hacia mediados del s. VIII a.C. más allá de las Columnas de Hércules. Cfr. M. Belen/M. del Amo/M. Fernández-Miranda: "Secuencia cultural del poblamiento en la actual ciudad de Huelva durante los siglos IX-VI a.C.", *Huelva Arq.*, VI, 1982, pp. 21 ss.

52. Recordemos también que es por estos años cuando comienza la proliferación de poblados tartésicos por toda Andalucía: G. de Frutos Reyes: *Las relaciones entre el Norte de Africa...*, 1987, pp. 38 ss.

53. Sobre la apreciación de la plata, su abundancia y sus consecuencias en Oriente, cfr. G. Chic García/G. de Frutos Reyes: "La Península Ibérica...", 1984, pp. 207 s.

54. Ps. Arist., *Mir.* 135; D.S., V, 35, 4-5.

a.C., las otras de hacia 750 a.C.<sup>55</sup>. Como ha sabido ver Aubet, por las características de situación y abundancia de materiales, estos asentamientos son ya de carácter permanente y, además, gozaban de una densidad demográfica relativamente fuerte, estando dedicados a actividades comerciales e industriales “y acaso también agrícolas”<sup>56</sup>. Estas circunstancias plantean el problema de saber cuándo, en qué momento, llegaron los primeros semitas a Iberia, y si es realmente abundante la afluencia de éstos desde el primer momento en que se establecen en las costas mediterráneas, teniendo ya unos fines concretos determinados, cuales serían la explotación sistemática de los recursos de la *chora* del enclave y el control del comercio de los metales<sup>57</sup>. Si seguimos este planteamiento habría que considerar, como en el caso de los asentamientos del Mediterráneo Central, que los aquí ubicados tienen una “personalidad” propia, además de cumplir el papel de escalas “en función” de una colonia principal<sup>58</sup>. Esto último puede inferirse de los hallazgos cerámicos: según se desprende de su elaboración y tipos, “parece lógico pensar que, tanto Chorreras como Toscanos y el Morro de Mezquitilla, constituyeron fundaciones fenicias realizadas a partir de un centro situado en Occidente, probablemente Gadir”<sup>59</sup>. La postura de que sea Gadir el centro fenicio occidental más antiguo que impulsó la creación de los demás enclaves de la costa mediterránea viene dado por la antigüedad que los textos clásicos le atribuyen. Sin embargo, ya hemos expuesto en otros trabajos los inconvenientes que presentan sostener esa polémica data del 1100 a.C.<sup>60</sup>. Por otra parte, la arqueología de las islas gaditanas no muestra hasta el presente, a pesar de los interesantes hallazgos recientes, ningún material que sobrepase la segunda mitad del siglo VIII a.C.<sup>61</sup>; es

55. H. Schubart: “Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones 1976”, *N.A.H.*, 6, 1979, pp. 175 ss.; Id.: “Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981”, *N.A.H.*, 19, 1984, pp. 87 ss.; M.E. Aubet: “Excavaciones en las Chorreras (Mezquitilla, Málaga)”, *Pyrenae*, 10, 1974, pp. 79 ss.; H.G. Niemeyer/H.Schubart: *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1964*, E.A.E., 66, Madrid, 1969; H. Schubart/G. Maas-Lindemann: “Toscanos. El asentamiento fenicio occidental en la desembocadura del río Vélez. Excavaciones de 1971”, *N.A.H.*, 18, 1984, pp. 41 ss.

56. M.E. Aubet: “Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a.C.”, *Atti del I Congr. Internaz. di Studi Fenici e Punici*, III, Roma, 1983, pp. 815 ss.

57. Cfr. n. 55.

58. M.E. Aubet: “Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico”, *Pyrenae*, 13-14, 1977-78, pp. 84 ss.

59. M.E. Aubet: “Aspectos de la colonización...”, 1983, p. 821; E.C. Gonzalez Wagner: *Fenicios y Cartagineses...*, 1983, p. 25.

60. G. de Frutos Reyes: *Las relaciones entre...*, 1987, pp. 212 ss.

61. Cfr. *Diario de Cádiz*, 15 de Dic. 1984, p. 1; 4 Enero 1985. Además: J.L. Escacena Carrasco: “Gadir”, *Los Fenicios en la Península Ibérica*, vol. I, Barcelona, 1986, pp. 39 ss.

decir, con cronologías posteriores a las de Morro de Mezquitilla y contemporáneas a las de Chorreras y Toscanos<sup>62</sup>.

Cabe entonces preguntarnos, ¿cuál es esa colonia antigua y potente fenicia occidental de la que surgen las demás factorías de la costa hispana? En el estado actual de la investigación resulta muy aventurado responder a esta pregunta con toda certeza; sin embargo, los nuevos datos que están resultando de las recientes investigaciones que se están llevando a cabo en Túnez, en concreto, en la antigua ubicación de Cartago, podrían poner sobre el tapete a la “Ciudad Nueva” como posible protagonista del fenómeno que estamos analizando. En efecto, la primera consecuencia que podemos deducir de estas recientes excavaciones es que las cerámicas halladas en el hábitat son distintas, en gran medida, a las encontradas tanto en el recinto sacrificial de Salammbô como en la zona de necrópolis. Existen en aquéllas tipos que no aparecen en éstas y viceversa<sup>63</sup>. En este sentido, no nos parece ningún obstáculo que las cerámicas más antiguas de Cartago (tofet) sean importadas, en su mayoría, tal y como se desprende de los análisis químicos efectuados al respecto<sup>64</sup>. Resultado de lo anterior, la segunda consecuencia es que existe una mayor variedad de formas en el recinto urbano que en la necrópolis. Y es en esta mayor diversificación donde resulta que están las mayores afinidades entre los tipos cerámicos de los asentamientos mediterráneos y los cartagineses; tanto es así que, por ejemplo, en los platos de engobe rojo se hace válida la clasificación de Schubart para su datación, correspondiéndose muy bien con los de Chorreras y Morro de Mezquitilla<sup>65</sup>. Por otra parte, existen ciertos tipos de cuencos que tienen sus paralelos más próximos en Toscanos y Motya<sup>66</sup>. Otro tipo sólo se presenta en Tiro, Cartago y Chorreras<sup>67</sup>. Las cazuelas carenadas son muy semejantes a las de Toscanos y Chorreras<sup>68</sup>, etc. Pero lo más intere-

62. H.G. Niemeyer: “La cronología de Toscanos y de los yacimientos fenicios en las costas del Sur de la Península Ibérica”, *Atti del I Congr. Internaz. di Studi Fenici e Punici*, III, Roma, 1983, pp. 633 s. El asentamiento del Castillo de Doña Blanca, en el Puerto de Santa María, las importaciones fenicias no remontan más allá del segundo cuarto del s. VIII a.C. En el caso de Monte Berrueco, en Medina Sidonia, podemos aventurar unas fechas similares a las del Castillo de Doña Blanca. Cfr. D. Ruiz Mata: *Arqueología*, 83, pp. 25 s.; J.L. Escacena Carrasco/G. de Frutos Reyes: “Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina-Sidonia, Cádiz)”, *N.A.H.*, 24, 1985, pp. 7 ss.

63. M. Vegas: “Archaische...”, 1984, pp. 215 ss.; comparar con los repertorios de H. Benichou-Safar: *Les tombes puniques...*, 1982, pp. 292 ss. y P. Cintas: *Manuel...*, I, 1970, pl. X y ss.

64. P. Cintas: *Cerámique Punique*, Tunis, 1950, pp. 342 ss.

65. M. Vegas: “Archaische...”, 1984, p. 220.

66. Cfr. n. anterior, p. 217.

67. Id. p. 220.

68. Id. p. 221.

sante son las ánforas tipo Cintas 280, "con angulación de hombro, que aparece con mucha frecuencia en el Sur de España, está poco representado en Motia y en todo el área tirrénica"<sup>69</sup>.

El asunto que estamos tratando parece tomar consistencia cuando analizamos determinados yacimientos cuyas cronologías andan a caballo entre los siglos VIII y VII a.C. Pongamos en análisis la famosa necrópolis "Laurita" descubierta en los años sesenta del presente siglo en Almuñécar<sup>70</sup>. A pesar de la resistencia planteada aún por algunos investigadores que presentan argumentos en favor de un origen oriental de ésta<sup>71</sup>, son más numerosos los que se inclinan por ver en ella una posible procedencia cartaginesa. Su excavador, hace ya más de veinte años, decía: "La Colina de Junon es la que presenta en Cartago más analogías de rito con las del Cerro de San Cristóbal: tipo de tumba, urnas cinerarias en jarras, objetos de ajuar, material griego importado, uso del ocre rojo en los enterramientos"<sup>72</sup>. Esta opinión, como la formulada por Ferron<sup>73</sup>, fue cayendo en desuso a la luz de nuevas hipótesis que, desde los años setenta, venían a atenuar, sino a anular, el posible protagonismo cartaginés en tan antiguas fechas<sup>74</sup>. Sin excluirse ninguna de las dos posturas, son bastantes los estudiosos que están reconsiderando la primera posibilidad. Para el caso que nos ocupa, a la antigua opinión de Pellicer se adhieren arqueólogos como P. Cintas<sup>75</sup>, o como A. Tejera que, en su estudio sobre las tumbas fenicias y púnicas, llega a conclusiones similares a la de los anteriores<sup>76</sup>; historiadores como G. Wagner comparten la misma postura<sup>77</sup>.

69. Id. p. 226.

70. M. Pellicer Catalán: *Excavaciones en la necrópolis "Laurita" del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada)*, E.A.E., 17, Madrid, 1963.

71. H. Schubart: "Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica", *Huelva Arq.*, VI, 1982, p. 85.

72. M. Pellicer: "Relaciones de la necrópolis púnica del Cerro de San Cristóbal, de Almuñécar, en el Mediterráneo Occidental", VIII C.N.A., Zaragoza, 1964, p. 398. Estas opiniones son reconsideradas por el autor en un reciente trabajo, alineándose dentro de la corriente "orientalista" actual que niega toda actividad cartaginesa en un momento anterior al s. VI a.C. Cfr. M. Pellicer: "Sexi fenicia y púnica", *Los Fenicios en la Península Ibérica*, I, Barcelona, 1986, pp. 85 ss.

73. J. Ferron: "A propos de la civilisation phénicienne d'Occident", *Latomus*, XXIX, 4, 1966, pp. 1026 ss.

74. Cfr. n. 72; además: H. Schubart: "Asentamientos fenicios...", 1982, p. 92. Otros autores llegan a posturas tan extremas que, no sólo no tienen en cuenta las informaciones proporcionadas por los autores clásicos, sino que incluso las desmienten y ponen en entredicho con argumentos que caen por su propio peso; es el caso, p. ej., de P.A. Barcelo: ("Ebusus: ¿colonia fenicia o cartaginesa?", *Gerion*, 3, 1985, pp. 271 ss.), que llega a negar la validez testimonial del relato de Diodoro sobre la fundación de Ebusus, negando el origen cartaginés de la colonia.

75. Manuel..., I, 1970, pp. 435 ss.

76. A. Tejera Gaspar: *Las tumbas fenicias y púnicas en el Mediterráneo Occidental*, Sevilla, 1979, p. 45 s.; 79 ss.; 105 s.

Por si las similitudes en los hallazgos arqueológicos fueran pocas, los estudios epigráficos sobre las inscripciones púnicas aparecidas en alguna urna parecen dejar fuera de duda su posible origen cartaginés: a pesar de las discrepancias existentes en la interpretación de la inscripción de la urna hallada en la tumba n. 3, la verdad es que son muchos los estudiosos que concluyen que, tanto por su paleografía como por la onomástica que encierra, no dudan en afirmar el origen cartaginés del difunto<sup>78</sup>.

---

77. E.C. González Wagner: *Fenicios y Cartagineses...*, 1983, pp. 210 s.

78. Cfr., p. ej.: J. Ferron: "La inscripción cartaginesa pintada en la urna cineraria de Almuñécar", *Trab. Preh.*, 27, 1970, pp. 177 ss.; J.M. Sola-Sole: "A propósito de nuevas y viejas inscripciones fenopúnicas de la Península Ibérica", *Hom. a García y Bellido*, I, Madrid, 1976, pp. 194 ss.; J. Padro: "Precisiones sobre la identificación del cartucho de un rey Sheshonq en Almuñécar", XIII *C.N.A.*, Zaragoza, 1975, p. 758. En contra de esta opinión: M.G. Guzzo Amadasi: *Le iscrizioni fenicie e puniche delle colonie in Occidente*, *Studi Semitici*, 28, Roma, 1967; M. Pellicer: "Sexi...", 1986, donde recoge las opiniones de otros autores.